

Historia y ciencias sociales

Hugo E. Biagini

En lo que va del siglo, el status epistemológico de la historiografía exhibe un perfil ambiguo cuya dilucidación todavía parece bastante incierta. Aquí se buscará sintetizar dicha problemática a través de ciertos planteos que se han formulado en forma divergente, sin renunciar por ello a la insinuación de algunas opciones personales.

Desencuentros

La separación en que se ha mantenido a la historia con relación a otros dominios afines del saber posee distintas motivaciones y responde a orientaciones no siempre coincidentes.

A principios de nuestra centuria, el difundido historiador y metodólogo Charles Seignobos mostraba su renuencia para admitir plenamente la posibilidad de un campo social integrado:

Todo sistema que, para explicar la solidaridad entre las diversas especies de fenómenos sociales, comience por aceptar la unidad de la vida social, reposa sobre una necesidad metafísica de sentido contrario a las condiciones del método científico (*La méthode historique appliquée aux sciences sociales*, Paris, Alcan, 1909, p. 269).

Así como el positivismo, mientras exaltaba a la sociología como conocimiento riguroso y objetivo, arrasó con los límites entre ciencias naturales y humanas, la reacción idealista volvería a acentuar la oposición al hablar de disciplinas nomotéticas —capaces de formular leyes generales— y disciplinas ideográficas —restringidas a menesteres descriptivos. Estas últimas, en la concepción antinaturalista, apuntan a comprender el orbe cultural y espiritual, donde los acontecimientos históricos ostentan rasgos singulares e irrepetibles.

Se asociará entonces la historiografía con el estudio sobre desarrollo de las nacionalidades, con el cambio y el progreso en libertad, revitalizándose la historia política y na-

rrativa. El neoidealismo en general y el historicismo germánico en particular, al tiempo que tienden a proclamar la autonomía de la historia, en su irreductible complejidad, terminaron alentando el enfrentamiento de ella con las ciencias sociales.

El divorcio de los estudios históricos se prolonga en cierto modo hasta nuestros días. Hasta autores como Piaget —reticentes a contraponer las ciencias del hombre y las de la naturaleza— no abandonan la diferenciación entre lo nomotético y lo ideográfico en cuanto a ciencias humanas —en sentido propio— e historia, a la cual aquél considera metodológicamente alejada de la científicidad (Cfr. *Tratado de lógica y conocimiento científico*, B. Aires, Paidós, 1979, vol. 6, pp. 182-3). Vuelve a insistirse así en una estricta línea divisoria.

Tales dicotomías se han reflejado incluso en ámbitos más modestos pero sugestivos, como es el caso de la bibliotecología. No sólo la ya casi inveterada Clasificación Decimal Universal (CDU) excluye a la historia de las ciencias sociales, ubicándola, como último peldaño, después de la literatura y junto con la biografía. En recientes trabajos especulativos sobre el particular también se deja a la historia fuera del terreno científico, por estimarse que ella no puede establecer legítimamente enunciados uniformes y predictivos. (D. W. Langridge *Classification & Indexing in the Humanities*, Londres, Butterworths, 1976, pp. 39-40).

Convergencias

Frente al reclamo de especificidad irá primando la idea sobre la interdependencia de todas las ciencias humanas. En el caso de la historiografía tales conexiones se tomaron especialmente patentes a partir de los años 50, gracias a la asimilación que efectúa la primera del bagaje conceptual y operativo suministrado por la antropología, la sociología, la economía, la psicología o la politología.

Con anterioridad no faltaron planteos y actitudes proclives a dicha mancomunidad disciplinaria. Más allá de las pioneras contribuciones del marxismo y el positivismo a la óptica unificadora, pueden evocarse propuestas como las de Celestin Bouglé, quien, contra las ideas dominantes, bregó tempranamente por una historia explicativa y tributaria de la metodología científico-social.

Junto a ese caso personal se produjeron otros hechos anticipatorios que también servirían para neutralizar la superespecialización, la eclosión informativa y la rígida compartimentación de las carreras universitarias. Así se crearon la *Revue de Synthèse Historique* (1900) y los *Annales d'Histoire Economique et Sociale* (1929), tribunas desde donde se abonó por una historia integrada y problematizadora.

Finalmente, los contactos con otras dimensiones del conocimiento coadyuvaron a modificar la imagen tradicional de la historia como actividad volcada a registrar datos más o menos episódicos. Junto a esas influencias fronterizas diversas innovaciones permitieron una apreciable mejora en el nivel científico de la historia. Entre tales innovaciones se encuentran las siguientes medidas: recurrir a procesos de más larga duración, interesándose por asuntos estructurales con un grado mayor de permanencia; tender hacia los fenómenos colectivos más que a las manifestaciones individuales; utilizar modelos y tipificaciones; manejar un vocabulario más técnico y cuantitativo; implementar centros de estudios adonde confluyen diferentes disciplinas en torno a una misma temática.

Concomitantemente, se ha desmoronado el tabú que inhibía al historiador para ocuparse de regularidades e interrelaciones. Así aquél podrá llegar a elaborar un marco teórico con las hipótesis y leyes pertinentes desde las cuales trascenderá esa rudimenta-

ria labor de almacenar testimonios, recortar sucesos exclusivos e irrecurrentes y dotarlos de un mayor o menor pintoresquismo.

Existen conceptos empleados en principio por los historiadores cuyo alcance implica características de similitud entre distintos hechos particulares que los toman agrupables y pasibles de clasificación. ¿Qué notas o propiedades comunes hacen hablar a un historiador de revolución, industrialismo, feudalismo, Estado nacional? ¿Acaso no se han usado con cierto grado de universalidad categorías como las de ciudad y burocracia para explicar la génesis del capitalismo moderno?

Al margen de que tanto las ciencias naturales como las sociales se ocupen de hechos individuales —tal batalla o tal eclipse que ocurren una sola vez en idénticas condiciones— se verifican en ellas aspectos metodológicos semejantes, pues en ambos grupos caben formular afirmaciones generales, leyes científicas y valoraciones, con la posibilidad o imposibilidad de experimentación. Por otro lado, la historia y las ciencias vecinas poseen una materia análoga de investigación: la sociedad humana.

Ello daría lugar a los enfoques plurales. Así como el estudio de problemas de aculturación o de transición de las comunidades primitivas requieren por ejemplo del esfuerzo conjunto de la antropología, la sociología y la historia, ésta última si se propone analizar una cuestión tan intrincada como las luchas civiles y los cambios institucionales que se producen en la Inglaterra del siglo XVII deberá remitirse, entre otras, a las esferas jurídica, religiosa, filosófica, económica para desentrañar la encontrada gama de cuestiones que se hallan en juego: absolutismo y constitucionalismo, derecho divino y soberanía popular, papismo, anglicanismo y puritanismo, inflexiones racionalistas y empiristas, posturas mercantilistas y liberales, whigismo y torismo, etc.

De todas maneras, dentro de lo que puede ser el trabajo integral, debemos distinguir diferentes formas de abordaje. Así si queremos ocuparnos de un tema como el de la violencia, el mismo cabe encarárselo desde varias ópticas: la *intradisciplinaria*, con un único historiador que abarca las distintas facetas implícitas, la *multidisciplinaria*, donde el asunto se trata por en forma yuxtapuesta, o la *transdisciplinaria*, en la cual el examen se realiza a partir de un mismo marco doctrinario, como el marxismo o el estructuralismo. Pese a su popularidad nominal, más infrecuente es la perspectiva *interdisciplinaria*, que supone un esfuerzo realmente en equipo que ensamble de un modo activo los diversos enfoques en la resolución del problema. En nuestro caso se trataría aquí de aunar con criterio histórico una tarea en común mediante la convergencia de una serie de asignaturas (sociología, psicología, estadística, lingüística, etc.)

La historiografía, como las llamadas ciencias de la educación, se nutre de un cuerpo disciplinario que le imprime una tónica sumamente problemática a las aspiraciones de autonomía y que la hacen cabalgar entre las humanidades y las ciencias sociales. Con todo, si la historia, tal como hoy se la entiende, no puede zafarse de las circunstancias del ahora y debe abrirse además a las constantes procesuales, tampoco las restantes ciencias del hombre están en condiciones de desenvolverse cabalmente sin apelar a la historicidad.

En resumidas cuentas, rescatamos la caracterización y las salvedades formuladas por Pierre Vilar:

La investigación histórica es el estudio de los mecanismos que vinculan la dinámica de las estructuras... a la sucesión de los acontecimientos...

La conquista del método así definido está todavía en vías de elaboración. Pero esta misma elaboración abre la posibilidad... de una actitud racional del espíritu y,

por tanto, de una práctica eficaz del hombre ante la sociedad (*Introducción al vocabulario del análisis histórico*, México, Grijalbo, 1982, p. 47).

Subsiste por último otro dilema en cuanto a la ética del historiador —y del hombre de ciencia en general—, más allá de los tecnicismos, los encuadramientos profesionales y las confluencias disciplinarias. Extractamos en tal sentido las siguientes apreciaciones: “Lo esencial es, una vez más, partir de las exigencias de la práctica social y de la lucha política... La división técnica del trabajo, y el recurso a la habilidad especializada del historiador, pueden ser muy valiosos, *a condición de que esta división del trabajo se decida coactivamente por todos aquellos a quienes concierne, en lugar de ser reivindicada como un derecho por los únicos historiadores*” (J. Chesneaux *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, B. Aires, Siglo XXI, 1984, pp. 202-3; el énfasis pertenece al original).

Es así como también correspondería volver a meditar en torno a esa repetida aseveración de que la historia representa la política del pasado y la política la historia del presente.